

Parábolas arqueológicas: dos historias de la Atlántida



Nota introductoria y traducción
de Mariano Martín Rodríguez

© Mariano Martín Rodríguez, 2020

Entre las leyendas grecorromanas, la de la Atlántida expuesta por Platón utilizando la nascente escritura historiográfica es la más conocida hoy, incluso entre el gran público. Ha habido centenares o miles de ensayos especulativos con pretensiones científicas más o menos serias en los que se han propuesto variadas hipótesis sobre la base histórica supuestamente real de esta leyenda platónica, y no menos numerosos estudios escritos para denunciar la necia vanidad de buscarle cualquier referente mundano a lo que parece ser una narración meramente simbólica. Por otra parte, no se quedan atrás en cantidad las ficciones inspiradas por esa isla-continente, unas veces escritas con una técnica fictocientífica, esto es, como ejercicios de arqueología especulativa históricamente verosímil, y otras con otra de carácter más bien épico-fantástico, con frecuente inclusión de elementos sobrenaturales, siguiendo el modelo del propio Platón, de quien todavía estamos esperando que aquellos que leen esta leyenda como si fuera un testimonio histórico nos expliquen qué hace en ella el dios Poseidón como personaje y actante fundamental...

En ambas modalidades ficcionales con diferentes grados de ingredientes especulativos se utiliza casi siempre un mismo esquema narrativo, que se puede resumir como sigue: la Atlántida es la sede de una

civilización avanzada que emplea la ciencia o la magia de forma sistemática para alcanzar sus fines, normalmente poco aceptables desde un punto de vista moral, por lo que su ineludible desaparición, tras quedar anegada por el mar, aparece como un acto de justicia (poética). A veces quedan supervivientes, que emigran a otras regiones y a menudo las civilizan, y otras no queda ninguno. Si quedan supervivientes, a veces perviven hasta el presente o son capaces de hacerlo en otros planetas, aunque lo que nos atreveríamos a calificar de ficción atlantológica propiamente dicha es una variedad especulativa de fantasía histórico-arqueológica, ambientada enteramente en un pasado mítico o histórico definitivamente clausurado por la catástrofe final.

Pese al fijado convencionalismo de su esquema, en él caben numerosas variantes de detalle, lo que confiere diversidad e interés a este tipo de ficción, aun sin tener en cuenta que la originalidad temática no solo suele ser una quimera, sino que también tiene una pertinencia limitada desde el punto de vista estético y literario. La maestría en la disposición de la materia ficticia y en su expresión retórica es lo que más importa y, por fortuna, nunca han faltado ficciones atlantológicas literarias modernas de gran valía, tanto en prosa como en verso, desde una novela precursora de las de aventuras de espada y bru-



Parábolas arqueológicas: dos historias de la Atlántida

jería como lo es *Le coq aux cheveux d'or* [El gallo de cabellos de oro] (1866/1867), de Maurice Sand (1823-1899), hasta una epopeya que combina mitos griegos y hebreos como lo hace *L'Atlantida* [*La Atlántida*] (1877), de Jacint Verdaguer (1845-1902), por no mencionar más que un par de obras decimonónicas sobresalientes escritas antes de la hiperinflación de títulos atlantológicos, que se produjo sobre todo el siglo pasado y que ahora parece haber remitido algo, al menos en la esfera de la ficción. Aún en el siglo XIX, al planteamiento fantástico de las dos obras citadas se sumó otro más racional por el que la existencia real de la Atlántida se expresa mediante procedimientos retóricos que se toman prestados a la escritura literaria tradicional de las ciencias humanas, tales como la geografía/etnografía, como en «L'île Xiphos» [La isla de Xiphos] (escrita en 1896, pero publicada póstumamente en *Histoires brisées* [*Historias rotas*], 1950), de Paul Valéry (1871-1945), o la historiografía, cuyo discurso objetivo adopta, por ejemplo, Jean Richepin (Auguste-Jules Richepin, 1849-1926) en una breve relación de las postrimerías de la Atlántida titulada «Cataclisme» [*Cataclismo*] (1893)¹, hoy apenas conocida, seguramente por no haberla recogido el autor, uno de los más apreciados del Decadentismo francés, en alguno de sus volúmenes.

El aparente menosprecio autoral no parecerá quizá justificado hoy, ya que su historia destaca por la singular eficacia con que se presenta en un texto relativa-

mente breve todo un universo imaginario original, así como el mensaje pesimista que se desprende de la peripecia fictohistórica. Richepin concentra la crisis en un único momento y lugar, las puertas-dique de la Atlántida, cuya rotura por un ejército invasor para saquear los tesoros materiales y científicos de la ciudad provocaría el hundimiento simultáneo de bárbaros invasores y de civilizados invadidos. Así se lo comunica un anciano en representación de la ciudad al caudillo de las estepas, que ha conquistado el mundo y se apresta a coronar su obra guerrera con la anexión de la Atlántida. El discurso del anciano, que aparece citado íntegramente al modo de los transcritos (o más bien recreados) en la historiografía grecorromana, tiene la alta dignidad retórica esperable en una muestra de oratoria antigua y, como en esta, las buenas palabras no impiden percibir una ironía velada, que se puede apreciar en la frecuente repetición de datos e ideas para que las comprenda el *sabio* monarca-guerrero. Además, la persuasión retórica perseguida se mueve entre la amenaza y una tentativa de maquiavélica manipulación por parte de una casta intelectual que finge someterse a las armas, pero que en realidad desea ponerlas a su servicio. Los atlantes desean ser los mandarines o clérigos del caudillo y gobernar las masas del mundo en su nombre y so pretexto de educarlas. El guerrero no manifiesta haber entendido esta ambición tecnocrática, pero la visión de la feliz e ignorante brutalidad de sus soldados, en contraposición a la decrepitud vital del atlante e, indirectamente de su civilización, le hace decidirse por la invasión, con la consecuencia letal que constituye un motivo esencial de la leyenda atlantológica. De este modo se perdieron millones de vidas, así como unos conocimientos científicos y unas obras de arte de valor incalculable. Nada habría impe-

¹ El texto de la traducción se basa en la única publicación del cuento en la prensa: Jean Richepin, «Cataclisme», *Gil Blas*, xv, 4.823 (31.1.1893), p. 1. Como la versión digitalizada en Gallica es difícilmente legible, se transcribe en apéndice como aportación documental a la historia de la ficción atlantológica en lengua francesa.



Parábolas arqueológicas: dos historias de la Atlántida

dido a los atlantes abrir las puertas, someterse e intentar civilizar a los bárbaros, como ha ocurrido en no pocas ocasiones en la Historia, pero los atlantes adolecen de una soberbia intelectual desmesurada que es su *hybris*. Así pues, los dioses no necesitan intervenir en esta historia completamente laica de la Atlántida. El castigo colectivo es el fruto de una deficiencia ética que el desarrollo científico y artístico ha dejado intacta. Richepin no salva a nadie, quizás porque el pesimismo moral propio de su estética decadente excluye las medias tintas en su visión negativa de la humanidad.

El positivismo comtiano que caracteriza a la mentalidad de Teófilo Braga (1843-1924) determina que sea distinto al de Richepin el mensaje que se puede deducir de su breve poema atlantológico titulado «A submersão da Atlântida» [*La sumersión de la Atlántida*], el cual constituye una sección que se puede leer de forma autónoma del poema «A quimera opressiva» [*La quimera opresiva*], componente a su vez de la versión definitiva de su vasta epopeya modular de la humanidad titulada *Visão dos tempos* [*Visión de los tiempos*] (1894-1895)². Braga recrea bastante fielmente el marco narrativo de la leyenda platónica original, pues el conjunto de «A quimera opressiva» no es sino la amplificación de la historia de Solón en Egipto, donde este habría oído de sacerdo-

tes la historia de la Atlántida. «A submersão da Atlântida» constituye esta historia contada a Solón, pero la historia misma difiere de la platónica. Aunque se trate de un poema en verso, la destrucción de la Atlántida elimina todos los elementos fabulosos en favor de un planteamiento de orden más bien historiográfico, al modo de una sobria y bien escrita crónica rimada. Nada de lo que ocurre es claramente inverosímil o fantástico, ni aparecen actantes sobrenaturales de manera inequívoca.

Todos los personajes llamados por su nombre en el poema son figuras de distintos acervos mitológicos de la humanidad, a quienes se aplica el procedimiento evermerista. Serían los jefes respetados de las siete ciudades principales de la Atlántida, cuya geografía e historia previas a la catástrofe se exponen con aire casi científico, con frecuente uso y abuso de etimologías fantasiosas, a la manera en que se utilizaba la lingüística histórica de la época para proponer teorías sobre las distintas razas de Europa y el mundo, desde Vasconia hasta la India. A diferencia de los de Richepin, los atlantes de Braga se caracterizan por su moralidad, que se cifra en el respeto de un modo de vida patriarcal y tradicionalista no reñido con una industrial laboriosidad. La pintura es utópica y el hecho de que el hundimiento de la Atlántida se atribuya a la cólera de los dioses ante la general irreligiosidad de los atlantes resalta el carácter injusto del castigo. Ante los signos geológicos de la destrucción, no falta quien proponga conjurarlos mediante el culto religioso, incluso con sacrificios humanos, pero Prometeo se opone a ello con éxito. Su salvación la conseguirá por sí solo embarcándose hacia otras tierras, en las que dará origen a diversas razas posteriores y sus mitos, de manera que la desaparición de la Atlántida lleva aparejada la de la racionalidad

² La traducción sigue la edición siguiente: Teófilo Braga, «A submersão da Atlântida», *Visão dos tempos*, I, «Ciclo da fatalidade», Porto, Livraria Internacional de Ernesto Char-dron, 1894, pp. 231-236. Como esta «epopeya da humanidade» [epopeya de la humanidad] no se ha reeditado ni se encuentra en línea, reproducimos el poema en apéndice, con la ortografía modernizada. No obstante, se ha mantenido la curiosa ortografía braguiana de los nombres propios si estos no tienen versión portuguesa corriente.



Parábolas arqueológicas: dos historias de la Atlántida

secular y atea de la utopía atlante. Este retroceso introduce una nota discordante frente al optimismo positivista. Si bien la tentación de la superstición es conjurada, se observa que, aun sin recurrir a la explicación divina, que en el poema nunca supera la categoría de mera hipótesis, la propia acción de la naturaleza puede acabar con una civilización entera para siempre, al quedar desarticulada la relación estrecha entre la comunidad y su medio. La historia de la Atlántida de Braga es, en última instancia, casi tan pesimista como la de Richepin. Tal vez no podría ser de otra manera, dado el tenor de la leyenda. Sin embargo, allí donde el francés señala la responsabilidad moral que entrañan las erróneas decisiones humanas, el

portugués exime de ella a sus atlantes, de manera que puede contraponerse el pesimismo antropológico de aquel al cósmico de este. En la primera parábola atlantológica, los ideales son retórica falsa y llevan a la perdición; en la segunda, el heroísmo, aunque inútil, existe y salva. En ambos casos, queda eficazmente sugerido el interés del recurso literario a la arqueología especulativa para plantear cuestiones humanas trascendentes, más allá del permanente atractivo exótico de un universo antiguo inventado en el que deseamos, con todo, creer o de cuya Historia podemos apreciar la sublimidad intrínseca, y esto con aún más claridad tal vez en textos de historiografía ficcional como los dos arriba considerados y abajo traducidos.

Jean Richepin

Cataclismo

Los signos del zodiaco no ocupaban todavía en el cielo el lugar que ocupan hoy desde hace tanto tiempo, cuando el ancestro prehistórico de los grandes devastadores turanios, el feroz y sabio Hottaul-Kmurguz-Nberu-Kan, tras haber conquistado los siete continentes entonces conocidos por los hombres, llegó ante las puertas diamantinas que había que romper para entrar en la sacrosanta capital de los atlantes, supremo refugio y templo inviolado de todas las letras, de todas las artes, de todas las ciencias.

No se había reunido ningún ejército para defender esas puertas, porque así lo había decidido el Consejo de Ancianos, a quienes unos cálculos meticulosos habían probado ampliamente lo vana que sería cualquier tentativa de luchar, incluso con la ayuda de las máquinas de guerra más terribles y seguras, contra esos millones siempre renacientes de innumerables nómadas a galope, masa móvil y sólida de caballos y hombres dotados del empuje irresistible de un huracán de arena que ahuyentaría a su paso el propio soplo del abismo.

Pero el más anciano de los Ancianos esperaba allí, solo, con el encargo de explicar al conquistador por qué no había que romper las puertas diamantinas, y seguro de convencerlo, porque sabía que le daría razones aún más irresistibles que el irresistible empuje de los nómadas, razones que serían, sin duda, letra muerta para ese rebaño de brutos, pero letra viva con seguridad para su jefe, pues conocía su doble gloria de ser a la vez el feroz Hottaul-Kmurguz-Nberu-Kan y Hottaul-Kmurguz-Nberu-Kan el Sabio.

—Señor —dijo—, señor más poderoso todavía de lo que crees serlo, los atlantes me han enviado como delegado ante ti pa-

ra hacerte saber que no solo su destino, sino también el tuyo y también y sobre todo el de la Tierra entera, tu conquista, depende de la decisión soberana que tu voluntad va a tomar en esta hora, ante estas fatídicas puertas diamantinas, y que así estas puertas son en verdad, oh señor del pasado, del presente y del futuro, las puertas del propio Destino.

»En los siete continentes que ya has sometido, solo has encontrado por todas partes hombres parecidos a los que te siguen, salvajes, medio animales aún, y solo tú, de esta multitud bárbara, solo tú gracias a uno de los nuestros, tráfuga que te ha informado de nuestros maravillosos secretos, solo tú puedes figurarte el valor incalculable de esos secretos, cuyo tesoro guardamos religiosamente hasta el día en que los demás habitantes de la Tierra sean capaces de disfrutarlos.

»Ahora bien, ese día ha llegado, si te place, a ti el vencedor, que podrás usar de tu incontestable autoridad para imponer de golpe toda nuestra civilización y hacer que de ella se beneficie el planeta entero, admirable y santa tarea que nuestro muy pequeño número nos impide intentar y que con seguridad llevaríamos a cabo como ministros, organizadores, educadores, mediante las letras, las artes y las ciencias, contando con el apoyo y la sanción de tu fuerza.

»De lo que son entre nosotros esas letras, esas artes, esas ciencias, esa civilización que ha alcanzado su extremo desarrollo, las indiscreciones del tráfuga que te ha informado solo podrían darte una idea vaga, por muy alta inteligencia que tengas, y te pido permiso para enseñártelo yo mismo con la mayor concisión posible, pero de manera que puedas percibir, con todo, su grandeza, su perfección,



Parábolas arqueológicas: dos historias de la Atlántida

si no en los medios, que son difíciles de explicar con tanta rapidez, al menos en los efectos, que son evidentes y milagrosos.

»Hemos domeñado todos los elementos y los hemos esclavizado casi por completo, expresamos los matices más delicados del pensamiento, extraemos la belleza de la naturaleza y la traducimos en formas infinitas, y todo ello por medios infalibles, y conservamos todo ello en instrumentos, monumentos, libros, bibliotecas y museos que nada podrá ya abolir, nada salvo una catástrofe astral o un cataclismo planetario, azar absolutamente imprevisto entonces y que juzgamos absurdo.

»Un único cataclismo planetario era de temer, capaz de arruinar toda nuestra civilización y frente al cual, en consecuencia, nos hemos precavido: se trata de la acumulación de las aguas en el Océano de las Tinieblas Blancas y su posible irrupción devoradora bajo la cual desaparecería súbitamente la última gran isla que subsiste de nuestra antigua y primordial Atlántida, patria sagrada en la que nacieron, en la que han florecido, en la que se perpetúan las letras, las artes y las ciencias, hoy en su forma definitiva.

»Ahora bien, la alta, ancha y sólida calzada, semejante a un istmo natural de granito, por la que has llegado a las puertas diamantinas, esa bella carretera tan espaciosa que tus millones de caballeros han podido desplegar sus filas por ella sin tocar sus bordes, es el dique que hemos opuesto al Océano de las Tinieblas Blancas y que lo expulsa sin esfuerzo en dos corrientes por donde sus aguas devoradoras se pierden impotentes en el Océano de las Hierbas Septentrionales, nido de los futuros continentes.

»Pero era de prever el momento en el que el Océano de las Hierbas Septentrionales, preñado de los futuros continentes, acabaría refluyendo un día, haciendo del

dique nuestro enemigo, en vez de nuestro aliado, y por eso hemos fijado este dique sobre soportes de diamante que permiten dislocarlo mediante súbitas brechas por donde las corrientes de vuelta puedan desviarse hacia el Océano de las Tinieblas Blancas, que así se ha convertido en nuestra salvaguardia tras haber sido durante tanto tiempo nuestro peligro.

»Ahora, oh señor del momento, escucha bien lo que me queda por decir, y ojalá haya hablado yo con la claridad suficiente como para que me hayas comprendido por completo, para que la verdad te aparezca fulgurante con respecto a lo que te he comunicado al inicio, a saber, que de tu voluntad depende tu sino, el nuestro y el del planeta entero, y que esas fatídicas puertas diamantinas son no solo las puertas de nuestra sacrosanta capital, sino las puertas del propio Destino.

»Está aún lejos el día del reflujo que devuelva las aguas del Océano de las Hierbas Septentrionales al Océano de las Tinieblas Blancas y, si en este momento se dislocara el dique por súbitas brechas, se produciría la irrupción devoradora bajo la cual desaparecería de repente la última gran isla que subsiste de la antigua y primordial Atlántida y, con ella, en ese cataclismo planetario, se abolirían las Letras, las Artes, las Ciencias, los secretos maravillosos, la perfecta Civilización de la que somos depositarios y de la que puedes ser propagador.

»Al mismo tiempo, oh señor, tu ejército innumerable, tus millones de hombres y de caballos, y tú mismo, tú, el grande, el soberbio, el victorioso, el sabio Hottaul-Kmurguz-Nberu-Kan, dejarías de existir a la vez que nosotros, y así, en la Tierra que has conquistado, en los siete continentes, cuyo número y cuya forma cambiarían por lo demás, no quedarían sino hombres salvajes, todavía medio animales, que tendrían que volver a recobrar,



Parábolas arqueológicas: dos historias de la Atlántida

poquito a poco, y cuán lenta y penosamente, todo nuestro tesoro perdido.

»Y pues, oh señor del pasado, del presente y del futuro, para que ocurra este desastre espantoso, para arrebatarte la gloria divina de haber sido Hottaul-Kmurguz-Nberu-Kan el Civilizador, tras el cual ningún civilizador será ya posible, para que tu nombre mismo desaparezca, para que funcionen en fin los goznes y dislocar el dique en sus soportes de diamante, solo tienes que romper esas fatídicas puertas diamantinas, si eres Aquel que lo puede.

Hottaul-Kmurguz-Nberu-Kan miró fijamente al viejo en el fondo de los ojos, llamó

al más estúpido de sus guerreros y lo miró también, comparó la mirada desencantada del primero a la mirada de curiosidad del segundo, se acordó de la vieja canción nómada según la cual una nueva flor encontrada vale más que un antiguo tesoro guardado; luego, porque amaba verdaderamente a los hombres, él que sabía darles mediante eternas batallas la alegría de vivir, forzándolos siempre a actuar sin tomarse el tiempo de pensar, el feroz Hottaul-Kmurguz-Nberu-Kan hincó las espuelas en el vientre de su caballo y, bajo los dos cascos delanteros, herrados de estrellas, Hottaul-Kmurguz-Nberu-Kan el sabio rompió las puertas.

Teófilo Braga

La sumersión de la Atlántida

Donde hoy tempestea inquieto el Ponto Euxino, ese mar tenebroso al que una raza extinguida había llamado, en peregrino rumor de extraña maravilla, el Askenaz, existió una isla, el país de los Antes... La tradición de los At-el-Antu pervive vaga, confusa, oscura y triste.

Estaban unidos entonces el mar de Azov y el de Aral con el Caspio, y los hielos del norte flotaban sobre el arenal que hoy son estepas ardientes. Y el océano escita envolvía, fuerte, olas sobre olas temblorosas, con la gran Isla rodeada de la masa acuática infinita, llamada antaño Ogha y aún hoy Océano.

La Atlántida rodea el mar que la hiere con canales interiores, arterias fecundadoras que sirven de muralla, defendiéndole los bordes frente a las brutas incursiones de las hordas caníbales, y los habitantes del vasto archipiélago, en el que hay siete Ciudades, se coaligan, en paz, contra las fuerzas hostiles.

*

Aquella raza altiva de los soberbios atlantes se dividía en tres Naciones. La primera se llama de los hijos de Aloeo, que vive segura en paz. Los alóadas se encargan del cultivo de los campos; inventaron también el trillar del trigo; la buena Ifimedia es su madre, que los libra del hambre.

La otra raza valiente tiene por nombre jápetos; en barcas de cuero se mueven de este a oeste; no hay generación alguna que tenga más prestancia y expande las huellas de la luz: de entre sus hijos, Atlas descubre el curso de los astros, Menecio fija las Leyes consuetudinarias, Prometeo moldea el bronce al producir la lumbre como un fuego sideral.

Viene después, a la par de estos hermanos, Epimeteo. Mediante la ternura y la paz, se atreve a subyugar la impetuosa pasión sexual, dando al casamiento lazo indisoluble y a la familia, el aliento con que el abrigo del hogar se vuelve templo augusto. Siguen los ases, pueblo hermoso y robusto y de alegre ánimo. Buscando los secretos del fatídico azar, se entregan al encanto de alta contemplaciones, intentando alzar el manto de la Naturaleza, ver las ruedas de la máquina.

Todas estas familias se cruzaban entre sí; cada una de ellas afirma haber nacido del fresno. Del antiguo nombre del ASK, el árbol sagrado, procede el de los eusk de Iberia. ¿Ofrecerá una explicación seria esta creencia? Con idéntica preocupación atribuyen a ese origen vago los askenas de Frigia en su genealogía ideal.

¿Quién ignora que el Fuego lo producía antaño la fricción entre sí de dos ramas de fresno? El Fuego era la misteriosa urdimbre de la Vida, alma casi de la Familia, y la base de la Industria.

*

Esos soberbios ases no conocen las altas Divinidades del cielo, y el supremo don de armonizar voluntades lo ponen en sus himnos, Palabra en cadencia.

Al romper el alba, las familias entonaban siempre un coro que consagraba la dignidad de las afecciones mutuas y, al caer la noche, alivio del trabajo, se reunían, viniendo por un sendero u otro, en los claros de un bosque inmenso, confesándose heredera cada una de la concordia común a la voz de los viejos patriarcas.

Las comarcas se agrupan alrededor de una lanza clavada en la tierra y lla-



Parábolas arqueológicas: dos historias de la Atlántida

mada Kaizos o Quir; tal nombre aún encierra sentido de Poder en su símbolo elocuente.

Vivía la fuerte gente de los At-el-Antu del trabajo industrial, como una alegre y activa colmena y, llena de riquezas, ignora la esclavitud porque odia la guerra.

Quienes brillan en la fiesta que se hace en Us-Cardia, al entrar en la capital, se llaman gaizos en honor del mando de la función social un tiempo ejercida.

Los alóadas iban a destruir esta ideal felicidad. Al rechazar la noción de etérea Divinidad, el humano juicio provoca la cólera divina.

La venganza de los devas, atronando en las alturas, los fulmina en la ceguera, y la morada feliz de los soberbios asuras, de esos ráksasas viles en la memoria de las gentes se hunde en el golfo de los cráteres ardientes.

*

¡Se acerca la hora horrenda del castigo! La llave de los abismos está a punto de girar; se renueva el peligro de las grandes convulsiones de los ciegos cataclismos. El Océano Escita avanza atroz en olas espumosas desde las estepas del norte, como para sorber en un momento aciago el país de los atlantes.

En la Ciudad de Us-Gardia se reúnen los antiguos y proclaman todos:

—¡Ya caen sobre nosotros grandes y feos peligros! ¿Qué haremos? Pronto se atreverá el Océano a engullir la gran Isla.

En esa angustia habló a las tribus un Patriarca que conoce las Tradiciones de la Familia de los Ribhos y conserva todos los himnos de la concordia social:

—Por primera vez, piadosamente, sacrificuemos a los Océanos una blanca vaca, la mejor de todas las manadas.

Entonces responde Essunn:

—Cuando un desastre asola el Imperio

de Kem, el jefe inmola en el ara un hijo suyo, un hijo, el más querido.

—¡Nunca, nunca! —gritan mil gargantas—. Nunca la Tierra que nos alimenta y nos guarda los restos sagrados de los abuelos tendrá el atroz baldón de la sangre vertida por nuestras manos. Si un Ser invisible, en los mares o en el cielo o en el interior de la Tierra, exangüe en estertores, quiere sangre para la salvación de nuestros hijos, si tiene hijos tal Ser, que se los sacrifique a sí mismo y glorifique absurdo la estúpida saña.

Así habló Prometeo. Conociendo rápidamente que el tremendo desastre avanza implacable, ordena imperioso:

—Subid a vuestras naves, exigid a vuestros brazos vigor y no pocas fuerzas; remad con ánimo intrépido hacia las montañas de Kogh, que veis en el horizonte; ese es el Refugio. Afrontemos seguros en estas naves de cuero los rayos, los escollos, los diluvios oscuros.

*

Ya suben a las naves las familias de los ases; sobre la crecida que anega la Isla y casi la cubre, cada jefe de tribu busca impávido, en singladura audaz, la montaña del Cauc. Eran los jefes Noé, Ziusudra, Deucalión, Ogiges, Bergelmir, Vaisvata, Dwyfan, que fundaron después Naciones civilizadas.

Navegan a través de las brumas más espesas y todos llegaron a la falda de la Cordillera a cuya espalda se abrigan de las olas del Océano.

* * *

Las aguas no cubren aún por completo la gran Isla de la Atlántida cuando he aquí que se levanta y brilla en el lugar un torreón de fuego; inunda de azufre el aire un volcán bajo tierra en el que se hunde



Parábolas arqueológicas: dos historias de la Atlántida

la Isla. La horrible convulsión produce el Estrómboli, el Etna y otros volcanes perdidos, y por el mar Egeo surgen, como capuces de olas, las dulces islas de Cimolos, Milo, Termia, Delos, Tera y Sifnos. Continuas olas gigantescas de fuego llegan a

los Campos Flégreos. Y por este atroz Cataclismo de la Naturaleza se sumió la Atlántida en la hueca profundidad de un mar Negro, que irrumpe a unirse instantáneamente, para un porvenir grandioso, al mar Mediterráneo.

Apéndice: textos originales

Jean Richepin

Cataclysme

Les signes du zodiaque n'occupaient point encore dans le ciel la place qu'ils y tiennent aujourd'hui depuis si longtemps, quand le préhistorique ancêtre des grands dévastateurs touraniens, le féroce et sage Hottaul-Khmourgouz-Nbéru-Khan, après avoir conquis les sept continents alors connus des hommes, arriva devant les portes adamantines qu'il fallait briser pour entrer dans la sacro-sainte capitale des Atlantes, suprême refuge et temple inviolé de toutes les lettres, de tous les arts, de toutes les sciences.

Aucune armée n'était réunie afin de défendre ces portes, ainsi l'ayant résolu le conseil des Anciens, à qui de méticuleux calculs avait amplement prouvés combien serait vaine toute tentative de lutte, même avec l'aide des machines de guerre les plus terribles et les plus sûres, contre ces millions toujours renaissants d'innombrables Nomades au galop, masse mobile et solide de chevaux et d'hommes ayant l'irrésistible poussée d'un ouragan de sable que chasserait devant lui le souffle même de l'abîme.

Mais le plus Ancien des Anciens attendait là, seul, chargé d'expliquer au conquérant pourquoi il ne fallait pas briser les portes adamantines, et certain de le convaincre, parce qu'il savait avoir à lui fournir des raisons plus irrésistibles encore que l'irrésistible poussée des Nomades, des raisons sans doute lettre morte pour ce troupeau de brutes, mais lettre vive à coup sûr pour leur chef, dont il connaissait la double gloire d'être tout ensemble le féroce Hottaul-Khmourgouz-Nbéru-Khan et Hottaul-Khmourgouz-Nbéru-Khan le Sage.

« Maître, dit-il, maître plus puissant encore que tu ne crois l'être, les Atlantes m'ont délégué vers toi pour t'apprendre

que non seulement leur sort, mais aussi le tien et aussi et surtout le sort de la terre entière, ta conquête, dépend de la décision souveraine que ta volonté va prendre à cette heure, devant ces fatidiques portes adamantines, et qu'ainsi ces portes sont en vérité, ô maître du passé, du présent et du futur, les portes de la Destinée elle-même.

» Sur les sept continents que tu as déjà soumis, tu n'as rencontré partout que des hommes pareils à ceux qui te suivent, farouches, à demi bêtes encore, et, seul parmi cette multitude barbare, seul grâce à un des nôtres, transfuge qui t'a instruit de nos merveilleux secrets, seul tu peux te douter de l'incalculable prix qu'ont ces secrets, dont nous gardons religieusement le trésor jusqu'au jour où les autres habitants de la terre seront capables d'en jouir.

» Or ce jour est venu, si cela te plaît, à toi le vainqueur, qui pourras mettre en œuvre ton incontestable autorité pour imposer d'un coup toute notre civilisation, et en faire profiter la planète entière, admirable et sainte besogne que notre très petit nombre nous empêche de tenter, et que certainement nous mènerions vite à bonne fin, comme ministres, organisateurs, éducateurs, par les lettres, les arts et les sciences, ayant pour appui et pour sanction ta force.

» Ce que sont chez nous ces lettres, ces arts, ces sciences, cette civilisation parvenue à son dernier épanouissement, les indiscrétions du transfuge qui t'a instruit ne sauraient t'en donner qu'une idée vague, de quelque haute intelligence que tu sois doué, et je te demande la permission de te l'enseigner moi-même aussi brièvement que possible, mais de façon toutefois à t'en faire bien sentir la gran-



Parábolas arqueológicas: dos historias de la Atlántida

deur, la perfection, sinon en les moyens, difficiles à expliquer aussi vite, du moins en les effets, évidents et miraculeux.

» Nous avons dompté tous les éléments et les avons réduits en esclavage, à peu de chose près ; nous exprimons les nuances les plus délicates de la pensée ; nous extrayons de la nature le beau et le traduisons sous des formes infinies ; et tout cela par des méthodes infaillibles ; et tout cela conservé en des instruments, monuments, livres, bibliothèques, musées, que rien ne pourra désormais abolir, rien, sinon une catastrophe astrale ou un cataclysme planétaire, hasard absolument imprévu alors, ce que nous jugeons absurde.

» Un seul cataclysme planétaire était à redouter, capable de ruiner toute notre civilisation, et contre lequel en conséquence nous nous sommes prémunis : c'est l'entassement des eaux dans l'Océan des Ténèbres blanches, et leur possible irruption engloutissante sous laquelle disparaîtrait soudainement la dernière grande île qui subsiste de notre antique et primordiale Atlantide, patrie sacrée où sont nées, où ont fleuri, où se perpétuent les lettres, les arts et les sciences, aujourd'hui dans leur forme définitive.

» Or, la haute, large, solide chaussée, semblable à un isthme de granit naturel, et par laquelle tu es arrivé jusqu'aux portes adamantines, cette belle route, si spacieuse que tes millions de cavaliers ont pu y développer leurs rangs sans en toucher les bords, c'est la digue que nous avons opposée à l'Océan des Ténèbres blanches, et qui le refoule sans effort en deux courants par où ses eaux rongeuses vont se perdre impuissantes dans l'Océan des herbes septentrionales, nid des futurs continents.

» Mais le cas était à prévoir, où l'Océan des herbes septentrionales, gros des futurs continents, viendrait à refluer un jour, faisant de la digue, au lieu de notre

alliée, notre ennemie ; et c'est pourquoi nous avons établi cette digue sur des pivots en diamant qui permettent de la disloquer par de subites brèches où les courants en retour puissent être déviés, au besoin, vers l'Océan des Ténèbres blanches devenu ainsi notre sauvegarde après avoir été si longtemps notre péril.

» Maintenant, ô maître de l'heure, écoute bien ce qui me reste à te dire, et puissé-je avoir parlé assez clairement pour que tu m'aies compris tout à fait, pour que la vérité t'apparaisse fulgurante, de ce que je t'ai appris en commençant, à savoir que de ta volonté dépend ton sort, le nôtre, et celui de la planète entière, à savoir que ces fatidiques portes adamantines sont non seulement les portes de notre sacro-sainte capitale, mais les portes de la Destinée elle-même !

» Le jour du reflux ramenant les eaux de l'Océan des herbes septentrionales à l'Océan des Ténèbres blanches, ce jour est loin de venir encore, et si à cette heure la digue se disloquait par ses subites brèches, ce serait l'irruption engloutissante sous laquelle disparaîtrait soudainement la dernière grande île qui subsiste de l'antique et primordiales Atlantide, et avec elle, dans ce cataclysme planétaire, s'aboliraient les Lettres, les Arts, les Sciences, les secrets merveilleux, la parfaite Civilisation dont nous sommes les dépositaires et dont tu peux être le propagateur.

» En même temps, ô maître, ne l'oublie pas, ton armée innombrable, tes millions d'hommes et de chevaux, et toi-même, toi, le grand, le superbe, le victorieux, le sage Hottaul-Khmourgouz-Nbéru-Khan, en même temps que nous, vous cesseriez d'être ; et ainsi, sur la terre que tu as conquise, sur les sept continents, dont changeraient d'ailleurs le chiffre et la forme, il ne resterait plus que des hommes farouches, à demi bêtes encore,



Parábolas arqueológicas: dos historias de la Atlántida

ayant à retrouver bribes par bribes, et combien lentement, péniblement, tout notre trésor perdu.

» Eh bien ! Ô maître du passé, du présent et du futur, pour que cet effroyable désastre ait lieu, pout t'enlever la gloire divine d'avoir été Hottaul-Khmourgouz-Nbéru-Khan le Civilisateur après lequel aucun civilisateur n'est plus possible, pour que ton nom même s'évanouisse, pour que jouent enfin les gonds du disloquement de la digue sur leurs pivots de diamant, tu n'as qu'à briser ces fatidiques portes adamantines, si tu es Celui qui le peut. »

Hottaul-Khmourgouz-Nbéru-Khan contempla fixement le vieillard au fond des

yeux, appela le plus stupide de ses guerriers et le contempla de même, compara le regard désenchanté de l'un au curieux regard de l'autre, se souvint de la vieille chanson nomade selon laquelle une nouvelle fleur trouvée vaut mieux qu'un ancien trésor gardé ; puis, parce qu'il aimait véritablement les hommes, lui qui savait par d'éternelles batailles leur donner la joie de vivre en les forçant toujours à agir sans prendre le temps de penser, le féroce Hottaul-Khmourgouz-Nbéru-Khan mit les éperons au ventre de son cheval, et sous les deux sabots de devant, ferrés d'étoiles, Hottaul-Khmourgouz-Nbéru-Khan le sage brisa les portes.

Teófilo Braga

A submersão da Atlântida

Onde hoje tempestua inquieto o Ponto Euxino,
Esse mar tenebroso, a que uma extinta raça,
Num rumor peregrino
De estranha maravilha,
Chamara o Askhenaz, — existiu uma Ilha,
País dos Antes... Baça,
Confusa, obscura, triste
Dos At-el-Antu a tradição persiste.

Então estava o mar de Azof e do Aral
Ligado com o Cáspio; e os gelos do Norte
Pairavam pelo areal
Hoje estepes ardentes!
E o cítico oceano enrolava frementes
Ondas sobre ondas, forte,
Circundando a grande Ilha a massa equórea infinda,
Ogha chamada outrora, Oceano agora ainda.

A Atlântida circunda o mar que a retalha
com internos canais, artérias fecundantes
Que servem de muralha,
Defendendo-lhe as bordas
Das brutas incursões, contra as canibais hordas;
E em paz os habitantes
Do arquipélago vasto, em que há sete Cidades,
Se ligam entre si contra as hostilidades.

*

Dos soberbos Atlantes,
Formava três Nações essa raça altaneira:
Por filhos de Aloeus designa-se a primeira,
Vivendo em paz segura;

Os Alóades têm dos campos a cultura;
As malhadas do trigo inventaram também,
A boa Ifimedea, a terra, é sua mãe
Que os liberta da fome.

A outra raça audaz de Iápetos tem nome,
Dentro em barcas de couro anda de leste a oeste,
Nenhuma geração há que mais que ela preste,
De luz expande rastros:



Parábolas arqueológicas: dos historias de la Atlántida

Dos filhos seus, descobre Atlas o curso aos astros;
Menoitos fixa as Leis nascidas do costume;
Prometeu molda o bronze, ao produzir o lume
 Como um sidéreo fogo.

A par destes irmãos Epimeteu vem logo;
Pela brandura e paz, nos corações ele ousa
Subjugar a paixão sexual, impetuosa,
 Dando ao casamento

Indissolúvel laço! á família o alento
Com que o abrigo do lar se torna templo augusto.
Os Ases vem depois, povo belo e robusto,
 E de espíritos ledos;

Ao fatídico azar buscando-lhe os segredos
De altas contemplações entregam-se ao encanto,
Tentando alevantar á Natureza o manto,
 Ver da máquina as rodas.

Cruzavam-se entre si estas famílias todas;
Da árvor' do freixo diz cada uma ser nada!
Do antigo nome de ASK, da árvore sagrada,
 Vem os Eusk da Ibéria.

Haverá nesta crença uma explicação séria?
Igual preocupação, aos Askenas da Frígia,
A essa origem vaga, a esta gente dirige-a,
 Na ideal genealogia.

Quem não sabe que o Fogo, outrora, o produzia
A fricção entre si de dois ramos de freixo?
O Fogo foi da Vida o misterioso entrecho,
 Da Família alma quase,
 E da Indústria a base.

*

Esses soberbos Asi
Não conhecem do céu as altas Divindades!
E o supremo dom de harmonizar vontades
Põem nos hinos seus — Palavra cadenciada.

Ao romper da alvorada
Sempre em cada família era entoado um coro,
Das mutuas afeições consagrando o decoro,
E ao cair da noite alívio do trabalho.



Parábolas arqueológicas: dos historias de la Atlántida

Por um e outro atalho
Se ajuntam de uma selva imensa nas clareiras,
Da concórdia comum confessando-se herdeiras,
Cada família á voz dos velhos patriarcas.

Agrupam-se as comarcas
Em redor de uma lança espetada na terra,
Kaizos chamada ou Quir; o nome ainda encerra
Sentido de Poder, no símbolo eloquente.

Vivia a forte gente
Dos At-el-Antu, alegre e ativa colmeia,
Do trabalho industrial; e de riquezas cheia,
Ignora a escravidão, porque as guerras detesta.

Os que brilham na festa
Que em Us-Cárdia se faz, na capital entrando
Tem de Gaizos o nome em honra do comando
Da função social qualquer tempo exercida.

Ia ser destruída
Dos Alóades esta ideal felicidade!
Repelindo a noção de etérea Divindade,
Provoca o humano senso a cólera divina.

Na cegueira os fulmina
Dos Devas a vingança atroando nas alturas;
E a morada feliz dos soberbos Asuras,
Desses Raksh-Asas vis na memória das gentes
Se afunda no golcão de crateras candentes

*

Aproxima-se a hora horrenda do castigo!
Eis prestes a rodar a chave dos abismos;
Das grandes convulsões dos cegos cataclismos
Renova-se o perigo!
Das estepes do Norte avança truculento,
O Cítico Oceano em vagas espumantes,
Como para sorver, num aziago momento,
O país dos Atlantes.

Na Cidade de Us-Gardia ajuntam-se os antigos;
Proclamam entre si:
«Grandes, feios perigos
Caem sobre nós já! Que faremos? em breve,
O Oceano a grande Ilha a engolir se atreve!»



Parábolas arqueológicas: dos historias de la Atlántida

Neste transe falou um Patriarca ás tribos,
 Conhece as Tradições da Família dos Ribhos,
 Da concórdia social conserva os hinos todos;
 «Pela primeira vez, com piedosos modos,
 Ao Oceanos por nós seja sacrificada
 Branca vaca, a melhor que haja em qualquer manada».

Ali responde Essunn:

«Quando um desastre assola
 O Imperio de Kem, o chefe na ara imola
 Um filho seu! um filho! aquele mais querido!»

—Nunca! Nunca! —este grito é por mil proferido—.
 Nunca a Terra, que a nós nos traz alimentados,
 E dos avôs nos guarda os despojos sagrados,
 Terá por nossas mãos de sangue o atroz labéu!
 Se um invisível Ser, nos mares ou no céu,
 Ou no imo da Terra em arrancos exangue
 Quer pela salvação de nossos filhos sangue,
 Se tem filhos tal Ser, a si os sacrifique,
 E a estúpida sanha absurdo glorifique.

Tal falou Prometeu. De pronto conhecendo
 Que implacável avança o desastre tremendo,
 Imperioso volve:

«Entrai em vossas barcas,
 Aos braços exige vigor, forças não parcas;
 Para os montes de Khogh, que vedes no horizonte
 Eil-o o Asilo! remai com destemida fronte.
 Os raios, os parcéis, os dilúvios escuros
 Nestas barcas de couro afrontemos seguros».

*

Nas barcas entram já as Famílias dos Asi;
 Sobre a enchente que alaga a Ilha e a cobre quase,
 Cada chefe de tribo em audaz singradura
 A montanha do Cauc impávido procura.
 Eram chefes Nuah, Xisuthros, Deucalião,
 Oghyges, Belgemer, Vaiswata, Dwyan,
 Que fundaram depois Nações civilizadas.

Navegam através das brumas mais cerradas;
 E cada um foi ter da Cordilheira á falda,
 E das ondas do Oceano abrigam-se na espalda.



Parábolas arqueológicas: dos historias de la Atlántida

* * *

Inda não cobrem bem as aguas a grande Ilha
Da Atlântida, eis se eleva e pelo espaço brilha
De fogo um torreão! de enxofre o ar inunda
Um subterreo vulcão em que a Ilha se afunda.
Da horrenda convulsão ficaram produzidos
O Stromboli, o Etna, e mais vulcões perdidos;
E pelo Mar Egeu, surgem como capelos
De ondas, ilhas gentis de Cimolos, de Melos,
Termia, Delos e Tera e Sifnos! Insanos
Vão vagalhões de fogo aos Campos Flageanos.
E deste Cataclismo atroz da natureza
A Atlântida se abisma em oca profundeza,
De um Mar Negro, que irrompe a juntar-se instantâneo
Para um porvir grandioso ao Mar Mediterrâneo.